

EWA

úrsula
ADDRESS

virna

LISI

elsa

MARTINELLI

65



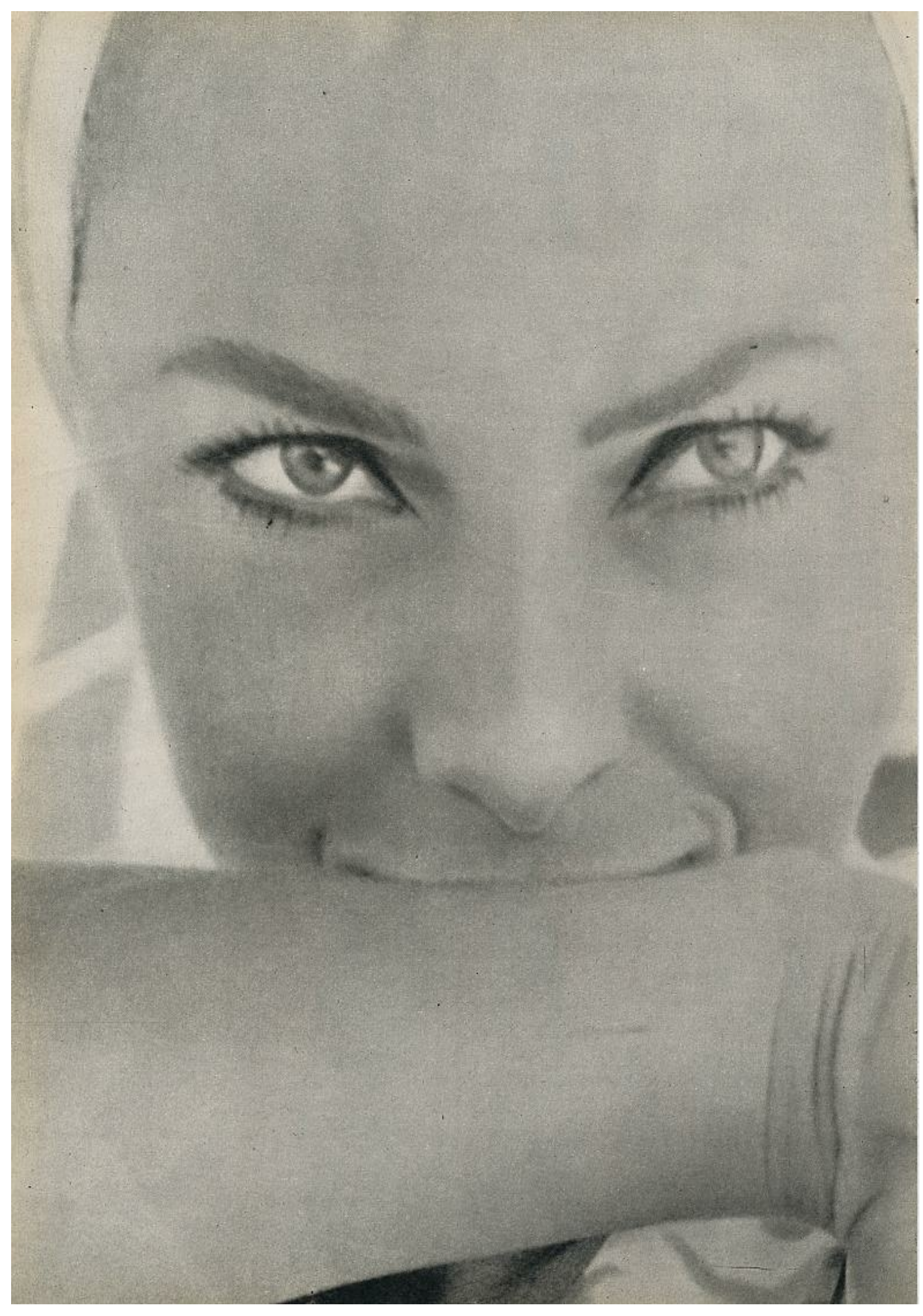
Hasta el primer film de la serie Bond, Ursula Andress era una perfecta desconocida. Hoy es, posiblemente, una de las estrellas más cotizadas del cine internacional.

Casi desde sus comienzos, y en todo caso desde que se descubrió la fórmula mágica del "star-system" - "el cine lo hacen los directores, pero lo venden las estrellas" - el llamado séptimo arte ha sido el principal proveedor universal de prototipos de belleza femenina. Cuando las operaciones han arrojado resultados enteramente satisfactorios los prototipos se han convertido en mitos. Otras veces, simplemente, se ha logrado que, durante un período de tiempo variable, las mujeres del mundo entero se hayan parecido a la estrella de moda en el peinado, en la manera de vestirse o de maquillarse. Incluso la anatomía femenina, o al menos su apariencia exterior bajo el vestido, ha sido influenciada por la línea en boga en Hollywood. En este terreno, los mitos máximos se han

SIGUE

Más de diez años de oscura carrera no sirvieron para hacer de Virna Lisi una estrella, a pesar de haber intervenido en algún film realmente importante, como «La mujer del día». Sólo a raíz de su primera película americana, «Cómo matar a la propia esposa», su nombre ha saltado a la fama.







Hollywood, París y Roma han sido los escenarios del trabajo de Elsa Martinelli durante un decenio. Hoy, y al amparo de una crisis del «star-system» tradicional y de la adopción de un nuevo tipo de belleza que hasta ahora no había triunfado, Elsa está en vías de convertirse en uno de los prototipos de la Eva 65.

llamado Garbo, Marlene, Marilyn o B. B. Pero no hay que olvidar que, en los años de la guerra, el Gobierno americano debió dirigirse personalmente a una actriz hoy olvidada, Verónica Lake, para que cortara su melena, cuya imitación daba lugar a frecuentes y a veces graves accidentes entre las mujeres que trabajaban en las fábricas mientras los hombres combatían en el frente...

de la mujer-objeto a la mujer-mercancía

Hoy las cosas han cambiado, aunque no radicalmente. Las estructuras económicas por las que se rige la industria cinematográfica son otras, al menos en la superficie. Y el «star-system», al que se intenta salvar a todo precio, está en vías de desaparecer. Sin embargo, aun a conciencia de que, por los distintos planteamientos de la industria cinematográfica, por la aparición de otros modos de llenar los ocios y por el aumento del nivel de vida el cine ya no es la única diversión posible y para llevar a las gentes a él se necesita algo más que la presencia en

los repartos de un nombre prestigioso, los productores, y a su zaga los distribuidores y exhibidores, siguen obstinándose en encontrar el nombre mítico que pueda constituir una garantía absoluta para la venta de sus productos. En una civilización como la nuestra, hecha por el hombre y para el hombre, es lógico que la búsqueda se encamine hacia la mujer. La mujer-objeto de la sociedad occidental se ve así transformada en mujer-mercancía, lo que no deja de ser consecuente a partir de los conceptos básicos que sustenta esa misma sociedad. Y esta mercancía capaz de producir el máximo valor en venta escasea. La publicidad que se monta para su lanzamiento no siempre da los resultados previstos y, sobre todo, raramente da esos resultados imprevisibles a los que, en el fondo, se tiende. La «estrella», producto artificial y en cuya creación no todos los factores son controlables, no surge siempre. O, si surge, no se mantiene el tiempo suficiente para hacer rentables los inmensos gastos que supone su fabricación.

Desaparecida Marilyn —que siempre se negó a ser una mercancía y que, por no po-

der dejar de serlo, pagó el precio que todos conocen— parecía que el «system» habría sufrido su último golpe. Carroll Baker, sobre quien se ha montado la más fabulosa campaña de lanzamiento desde los años treinta —según las estadísticas cada mes se escriben en el mundo cinco millones de palabras sobre ella—, no parece que logre «saltar la rampa». Y, curiosamente, se trata en estos momentos de la pugna por la accesión a la condición de mito erótico-cinematográfico de tres mujeres que, durante años, han llevado una carrera oscura y que, de la noche a la mañana, por así decirlo, están en vías de convertirse en las cabeceras de cartel más cotizadas del cine internacional.

Naturalmente —se trata, no lo olvidemos, de «estrellas»—, no son sus dotes interpretativas las que, de pronto, han hecho que sus rostros sean los que con más frecuencia se asomen a las portadas de las revistas ilustradas de todo el mundo. Lo cual no quiere decir, en absoluto, que les falten, a distinta escala. Ni que haya que sacrificar al conocido tópico de que la «gran actriz» es incompatible con un físico atractivo: **SIGUE**



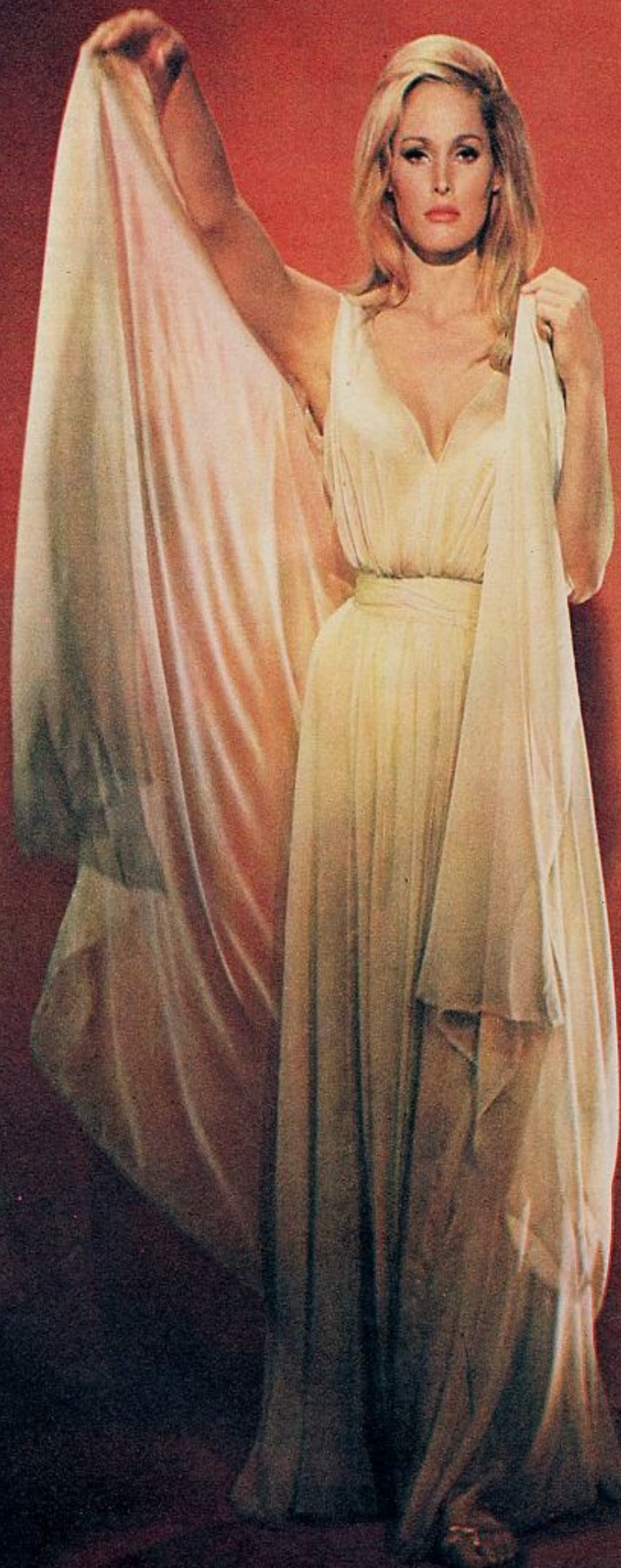
recuérdese el caso de Marilyn. Del análisis de la personalidad de estas tres mujeres que, en la actualidad, representan las tres manifestaciones diversas y —¿por qué no?— complementarias del «ideal femenino» pueden deducirse interesantes conclusiones.

de símbolo a espejo

Si en un momento dado todas las mujeres imitaron a la estrella que entonces estaba en alza, si hace poco todas las muchachas se «despeinaron» a lo Bardot o actualmente se peinan con flequillo a lo Vartan, las tres mujeres en cuestión —a las que un semanario no cinematográfico francés calificaba hace poco de «les plus belles filles du monde»— pertenecen a otro tipo. A igual distancia de la mujer que puede encontrarse a la vuelta de la esquina —como pudo ser, en su momento, una Sandra Dee para los americanos— que de la diosa distante e inalcanzable —Greta o Marlene— son productos internacionales, frutos de un «decadentismo» de grandes capitales europeas, y cuya eclosión tras una época de oscuridad y de esfuerzo profesional va íntimamente ligada a un resurgir de mitos extracineamatográficos que encadenan con sus propias posiciones ante la vida. Ursula Andress, Elsa Martinelli y Virna Lisi representan, a diferentes niveles, un internacionalismo a ultranza, un modo de asomarse al cine como «hobby», sin tomárselo demasiado en serio, hasta que, de pronto, el engranaje en torno al cual han estado girando durante una decena de años las absorbe y las hace formar parte de él. Mujeres adultas, con los pies bien plantados en la tierra y que han llegado a lograr un equilibrio entre sus vidas privadas y sus respectivas carreras, de todas estas circunstancias se deriva el que su impacto sea de un género diferente al de sus antecesoras. Al margen de su potencial erótico referido al hombre, con respecto a la mujer suponen más que un objeto de imitación un término de emulación. En ellas las mujeres, más que reconocerse, ven un modelo a proponer. Y si con otras estrellas, cuyo atractivo estaba más directamente relacionado con su exclusivo carácter de símbolo sexual, se producía la contradicción de que —siempre en cuanto a su valor de mercancía— el aumento de su popularidad excluía del ciclo de consumidores a tantas mujeres como hombres atraía, con las tres que ahora apuntan hacia el puesto más alto del escalafón se produce lo contrario. La Andress, con sus trazos androides, añade a su aparatosa belleza una nota de ambigüedad y, en consecuencia, de perversión. La Martinelli y la Lisi, menos espectaculares, igualmente deseables, ofrecen a las demás mujeres, junto a su elegancia y su corrección, la posibilidad de pensar que, en realidad, con una belleza que no vaya más allá de lo posible, se puede alcanzar la condición de mito erótico. No hay que olvidar que, a partir de la concepción de «fábrica de sueños» que Ehrenburg consideró como definitiva del cine al uso, el carácter de espejo deformante —en sentido positivo y adulador, naturalmente— de la pantalla es esencial. En este sentido, Virna Lisi, Elsa Martinelli y Ursula Andress pueden convertirse —de hecho están ya camino de ello— en las mujeres-mercancía que la industria necesita.

SIGUE

La Martinelli ha interpretado toda clase de papeles. Pero su fuerte está en los de mujer sofisticada, como el que le ha valido su consagración estelar definitiva en el film «De l'amour», inspirado en Stendhal.



«She», según la novela de Rider Haggard, ha sido el primer papel de protagonista absoluta interpretado por Ursula Andress, en el personaje de la reina de un país legendario. Después de este film, el calendario de la actriz suiza está cubierto para dos años.



"les plus belles filles de monde"

En primer lugar, sin duda alguna, Ursula. Con sólo tres películas estrenadas en su haber —nadie se había fijado en ella con ocasión de los papelitos que, en Roma y Hollywood, hizo hace casi diez años—, películas en las que, por otra parte, sus intervenciones eran fundamentalmente de apoyo a la actuación de protagonistas absolutos masculinos —Sean Connery, Elvis Presley, Frank Sinatra y Dean Martin—, su rostro y su cuerpo son, en estos momentos, los más repetidos a través de fotos de todo tipo. Resulta inevitable recurrir al tópico de la Venus surgida de las aguas si se piensa en su primera aparición en el cine de su segunda época. En efecto, desde que la pantalla se llenaba por primera vez con su figura, los espectadores, que no conocían su nombre, se quedaban definitivamente con su imagen. La tantas veces repetida frase de que la serie Bond lanza a sus figuras femeninas sólo ha sido real con ella. Si, indudablemente, la cotización de las actrices que han intervenido en la serie ha subido a raíz de ello, el fenómeno de Ursula no se ha vuelto a repetir. Daniela Bianchi sigue siendo una actriz de segunda fila y Honor Blackman no es excesivamente más popular que, cuando hace una docena de años, vino a España a interpretar un oscuro film del que nadie se acuerda, «Manchas de sangre en la Luna». Sin embargo, Ursula Andress tiene las fechas cubiertas para dos años, es llamada de to-



Virna Lisi —arriba— está casada con un arquitecto romano y tiene un hijo, Corrado, con el que se reúne siempre que se lo permite su trabajo. Elsa Martinelli, divorciada, tiene una hija de su primer marido, el conde Mancinelli Scotti, Donata. Actualmente ha rehecho su vida con el famoso fotógrafo Willy Rizzo.



das partes y puede permitirse escoger entre lo que se le propone, aparte de que sea previsible el que, en un plazo breve, sea ella la que proponga las películas que le interese realizar.

Si la Andress alcanzó la popularidad nada más salir del letargo subsiguiente a su fracaso en el primer intento de hacer cine, de un modo fuminante, el caso de Elsa Martinelli es similar, aunque su espectacularidad, tanto en el terreno positivo como en el negativo, sea menor. Más de diez años de carrera ininterrumpida no habían logrado hacer de ella una estrella. Roma, París y Hollywood habían sido durante años los escenarios en que tenían lugar sus actuaciones, sin grandes éxitos ni grandes fracasos. Su relación con personalidades importantes le valió intervenir en películas de verdadera categoría, tener como pareja a actores del máximo renombre. Pero, si bien su nombre aparecía con frecuencia en las revistas, muchas veces sin relación directa con sus actividades profesionales, no era una estrella. Hasta que el film de un debutante, Jean Aurel, inspirado en Stendhal, «De l'amour», la hizo dar el salto. Ahora, precisamente al lado de Ursula Andress, la Martinelli rueda «La décima víctima». Y otros contratos la esperan.

Virna Lisi, por su parte, cuenta posiblemente con un mayor número de films protagonizados que ninguna de sus compañeras de profesión. Algunos de ellos, incluso, como «La mujer del día», verdaderamente importante. Sin embargo, y a pesar de haber intervenido en más de una treintena de películas, su rostro era más popular por el hecho de anunciar una conocida marca de dentífricos en la televisión italiana. Hasta que el lanzamiento a través de Hollywood, donde ya ha interpretado un film al lado de Jack Lemmon y le espera otro junto a Frank Sinatra, ha hecho de ella una mercancía altamente cotizable.

de la independencia a la alienación

Sin embargo, y por el momento, ninguna de las tres estrellas parece dispuesta a atarse de modo definitivo al cine americano, aunque las tres hayan coqueteado con él. El tipo de mujeres que encarnan, su riguroso deseo de que su conversión en mercancía repercuta solamente en términos económicos en sus vidas sin llegar a producirse una alienación completa que las anule en cuanto mujeres les inducen a mantenerse en ese escalón que se llama «internacional», sin contratos en exclusiva ni a largo plazo. Es posible que consigan salir adelante con sus planteamientos. Pero también puede ser que se vean obligadas o bien a claudicar, asumiendo la alienación total en la que casi inevitablemente desemboca la económica o que se queden a mitad de camino a cuyo término se han propuesto, con la ayuda de las circunstancias, llegar.

(Fotos color: PIERLUIGI-MUNDIAL PRESS, FARABOLA PRENSALCOR, MUNDIAL PRESS. Fotos en negro: ZENITH-PRESS, MUNDIAL PRESS, RADIAL PRESS, CAMERA PRESS, ROGER CORBEAU).

Después de un espectacular idilio con el desaparecido James Dean, Ursula se convirtió en la esposa de John Derek, un actor famoso hoy olvidado.